

El despojamiento (y otros términos en la misma estela semántica, como desnudez, pérdida, etc.) es otro vocablo de profundidad poética en Puerto. El despojamiento no tiene sentido negativo; al contrario, habla de un espíritu ascético que, despreciando la hojarasca, busca lo esencial: léase el poema “(voz)” al respecto.

Una forma sana de despojamiento es el silencio (otro término iluminador). El silencio se relaciona con la intimidad personal y, asimismo, con la manera de ser de esta poesía que tiende a la brevedad, al poema desnudo o despojado, a la levedad del vuelo silencioso, a la palabra apenas musitada para no perturbar el silencio interior del alma retraída hacia sí misma.

El despojamiento lleva, creo yo, hacia el simbolismo de lo que espera, de lo que está latente: el árbol desnudo en espera de nuevo rebrotar; la nieve que convierte el paisaje en una espera recogida, quieta y silenciosa; el invierno del campo aparentemente muerto, pero que es semilla a la espera. Hasta la piedra es signo de germinación, como lo es del silencio (piedra callada) y, en su quietud, una forma profunda de ser y de permanecer.

La voz “despojamiento” lleva al poeta a sentir con los derrotados, los desheredados, los pobres...: representan la otra voz, la voz silenciosa -si se me permite el oxímoron-, la voz de la intrahistoria, la voz que resiste, ajena a la imposición, a la norma, al poder; la voz verdadera y libre que no regula ni se impone: simplemente es. Ser es lo esencial. Lo demás (ideologías, poder, etc.) sólo es adherencia insustancial, hojarasca. Esa voz despojada (la de los despojados) es la voz que es y “que viene de muy lejos”. Es el rumor (no el ruido) de la intrahistoria, por acordarnos de Unamuno. Las mismas huellas del hombre son señales (otra palabra llena de resonancias en la poesía de Puerto) de despojamiento y precariedad. Los signos en la piedra (losa, sepulcro...) son huellas o señales de lo desaparecido. Permanece la huella, no la presencia. Dan cuenta del vacío, de la muerte. Quieren luchar contra el olvido y producen “melancolía / Por lo que ya no vuelve”. La poesía es una de esas señales que busca resistir frente al tiempo: “No dejar otras huellas / Que las de unas palabras / Que buscan ser señal / De un paso por el mundo / Y un modo de estar / Consigo y con los otros”.

Asceta de la palabra despojada de adherencias inútiles, Puerto poetiza en *De la intemperie* el vivir del hombre sin techo protector. Más que lo que está, nos parece percibir la huella de lo que no está. De ahí los sepulcros vacíos, los árboles sin hojas, el invierno en el que la vida aún no ha brotado, el hogar de la pobreza, en los recuerdos de infancia, los signos actuales de la despoblación... Y la palabra, al fin, desnuda también para hablar de lo esencial humano. La palabra poética que -dice el poeta- “se ofrece como morada frente a tanta intemperie”.

José Enrique Martínez Fernández

Gaspar Moisés Gómez, *Y mañana tampoco*, León (Leteo) 2004. 70pp.

Gaspar Moisés Gómez pertenece por edad y condición a la llamada promoción del cincuenta o del medio siglo, una promoción que se ha querido circunscribir a unos nombres determinados, frente a los cuales otros -como fue años atrás el caso de Antonio Gamoneda o es ahora el de Gaspar Moisés

Reseñas

Gómez- habrían quedado descolgados o preteridos. Es cierto que *Con ira y con amor* (1968) apareció tardíamente, en relación con los primeros poemarios de otros poetas del grupo, como *Las adivinaciones* (1952), de Caballero Bonald, *Don de la ebriedad* (1953), de Claudio Rodríguez, *El retorno* (1955), de José Agustín Goytisolo o *A modo de esperanza* (1955), de José Ángel Valente; pero la poesía de Gaspar Moisés Gómez -como la de sus compañeros de parecida edad- supera por elevación lírica la “poesía social”, adquiere un desarrollo reflexivo y trae a la poesía los temas más frecuentados por la nueva poesía de los años 50 y 60 (el amor, el fluir temporal, la palabra poética...). Al hablar de la generación del 50, queremos hacerle sitio al poeta, no para diluir su individualidad en el grupo, sino para evitar un injusto desconocimiento, cuando no un voluntario olvido.

Son ocho libros de poemas los publicados por Gaspar Moisés Gómez: *Con ira y con amor* (1968), que fue Premio Internacional de Poesía “Álamo”, *Las bravías abejas* (1969), *Sinfonías concretas* (1970), Premio Bienal Provincia de León, *Al filo del alma* (1982), Premio Internacional de Poesía Religiosa “San Lesmes Abad”, *Al filo del cuerpo* (1986), *Oráculos sombríos* (1990), Premio de Poesía “La Cochera”, *Son perversos los límites* (1996), Premio Hispanoamericano de Poesía “Juan Ramón Jiménez” y, en fin, *Y mañana tampoco*, objeto de esta reseña.

Y mañana tampoco es título muy expresivo, tal vez por su incompletud, pues “tampoco” es una forma de negación que supone otra anterior, quizá “hoy no”. En todo caso el título advierte desde el principio de la negatividad que impregna el poemario en relación con el hombre, el tiempo y la muerte. “¿Y mañana tampoco?” pregunta el poeta en el inicio de uno de sus poemas, que da cuenta del momento en que la vejez ha mermado la potencia física corporal, agudizando en cambio la conciencia, el alma, que gana en plenitud y sensibilidad, en “conciencia estremecida” y sentimiento agudo de las pérdidas... Hay otras composiciones que nos aclaran más título tan enigmático, pero que nos da desde el primer momento la tonalidad sentimental del poemario. Uno de los textos más breves del libro da cuenta de una incertidumbre que flota por todo el libro: “Dios”. Pero el poeta no pierde la esperanza y pide “que cualquier estrella nos clave / en su celeste espacio. / Por si mañana, ay, seguramente. / Por si mañana”. Pero el título cierra cualquier atisbo de esperanza: *Y mañana tampoco*. En otro poema, el chopo despojado se convierte en imagen del hombre tambaleante. Las ramas desnudas apuntan al cielo sacudiendo sus incertidumbres. Y un aire afirma: “mañana, mañana quizás”, “pero es inútil”: la única hoja del árbol despojado acabará subrayando el momento final de todo: *Y mañana tampoco*, podría reiterar el poeta: tampoco mañana podrá la hoja volver a alzarse hacia la copa donde logró apenas sostenerse sola.

“¿Y mañana tampoco?”, interroga, decíamos, el verso inicial de un poema. Es característica relevante del poemario la interrogación retórica continua, que ni exige ni espera respuestas, pero que es el signo evidente de la perplejidad, de marca netamente existencial en este poemario. En realidad, la interrogación retórica, es marca de toda la poesía de Gaspar Moisés Gómez. Y es que apenas hay certezas absolutas. Hay sombras, más bien y, entre ellas, algún vislumbre. No es raro, por eso, que la interrogación sea el indicio mayor de la perplejidad, de la incertidumbre. Además, la interrogación retó-

rica lleva en sí su propia respuesta, su no-respuesta, que no es otra que el silencio. No hay adivino o chamán que pueda rasgar las sombras desde las que la interrogación emerge. Porque aunque “nos escribe alguien siempre”, como dice el poeta, “el amanuense nunca se nos muestra”. Así que, al fin, interrogamos a un alguien que es una ausencia. En la imposibilidad de apresar a ese alguien, de obligarle a que se muestre, de obtener respuestas, veo, en última instancia, el sentido elegíaco de esta poesía, porque, al fin y al cabo, es la constatación de una pérdida, la pérdida del ser que dé razón y sentido a la existencia.

En *Y mañana tampoco*, dos temas prevalecen sobre los demás: el tiempo y la muerte; pero tales motivos nacen del entañamiento de esta poesía en el hombre existencial. La condición humana es y no es admirable. Una imagen poderosa en el primer poema nos dice que el hombre es “un ciego que lleva su farol / siempre en lo final del horizonte”. El hombre camina, pues, despejando penosamente las sombras de la vida y de la edad. Algunos sustantivos esparcidos por estos versos darían cuenta de la “precariedad” humana, de su “fragilidad”, de su “impotencia”, de sus “desdichas”, de su “desamparo”... Esta última palabra, por ejemplo, significa la desprotección del hombre, incapaz de vislumbrar un signo de la divinidad. De ahí las preguntas: “¿Damos al vacío y sobre él trazamos el gran círculo?”. Este es el mayor abandono que el hombre puede sufrir: el abandono de Dios, el sentirse sin Dios, el sentirse sólo cuerpo perecedero: no hay “más hondo desamparo / que éste de ser quien somos”. Hay momentos de plenitud, claro está, y ningún poema mejor en este sentido que el que resume tal plenitud en el canto de la alondra, que nos hace recrear un Paraíso y regresar a la aurora simbólica en que todo nace de nuevo: vibración, unidad, plenitud sintetizados en la música, en el canto del pájaro como cerrado paraíso. Pero son momentos sólo, algo más bien ocasional, porque en esa especie de contienda entre términos contrarios que es la vida (alacrán e inocencia, angustia y consuelo, etc.) parecen prevalecer los que expresan cierta negatividad, la precariedad humana conformada por el acoso del tiempo y de la muerte. Como parte de tal temática asoma con fuerza el tema de la vejez. La vejez es para el poeta el sedimento no de lo que fuimos, sino de lo que el hombre es: residuo. En ocasiones, el poeta parece rebelarse contra los estragos del tiempo: “¿Y aún merece ser cantado algo? / ¡Todo, por todos mis demonios!”. El poeta decide persistir, no decaer. Persistir hasta la muerte, escribiendo “con las manos cortadas” si es preciso, “sólo con el ánimo”, si es necesario, “hasta que alguien llegue / y mate la luz malignamente, / dejándonos a oscuras”, de forma que la única huella sea un epitafio. Epitafio: la huella del silencio final de quien fue capaz de amar, de cantar, de escribir. La inscripción sobre la ceniza o la nada, tan presentes en este poemario que, reitero, debe ser interpretado desde la perspectiva de la muerte, desde ese “coro universal” que cierra el poemario parcamente, pero del que nos parece oír un canto de ampulosa sonoridad que dice “que vamos a morir”. Pero más que desde la perspectiva de la muerte, *Y mañana tampoco* está escrito desde la conciencia del mañana definitivamente cerrado, es decir, desde las vísperas: “¡Sentir que somos! ¡Siempre en pura víspera!”. Vivir el día como el que antecede a la muerte. Desde la víspera se observa un pasado en el que siempre alientan las raíces, el niño que uno fue, el vínculo primero, y el futuro adelgazado del que habló Guillén y que Gas-

Reseñas

par Moisés Gómez resume en un verso extremadamente condensado: “Somos cada vez más un poco menos”.

Al poeta le gusta el correlato de otros elementos para dar cuenta del despojo que causa la edad -el viento helado- sobre el hombre -el chopo deshojado-. El árbol se convierte en una imagen de fuerte presencia como correlato del ser humano. El árbol sujeto al paso de las estaciones, amenazado por otoños e inviernos, azotado por el viento, acechado por la muerte. El árbol florido, bello, pero cuyas hojas acaban ennegreciendo el suelo. El árbol seco, inútil ya, “sombra tan sin sombra”, como imagen desolada desde la que angustiosamente se suplica: “Que no me absorba aquello imprevisible / en una succión tan cruel como inútil”. La angustia podría deshacerla la fe. Pero Dios, la palabra “Dios”, nombra una ausencia. De ahí la turbación interior. Dios aparece como un vislumbre entre las sombras del vivir. Y el hombre -el poeta- tiende los ojos hacia ese claror repentino y fugaz por ver si atisba una presencia o una certeza imposible, porque no está en la condición humana la certeza absoluta. La realidad exterior sirve como correlato del yo, como imagen o como signo de algo encubierto que la poesía tal vez desvele; en este sentido, la poesía, como para los demás miembros de su generación, es conocimiento porque es arma para descubrir el mundo que no ven los ojos: el alma, como le gusta decir al poeta.

José Enrique Martínez Fernández

Antonio Gamoneda, *Cecilia*, Lanzarote (Fundación César Marique) 2004. 75pp.

Cecilia (2000-2004) es el último libro de poemas de Antonio Gamoneda y como tal fue incluido en la recopilación de su poesía titulada *Esta luz. Poesía reunida (1947-2004)* que el Círculo de Lectores publicó en hermosa edición de casi setecientas páginas en el pasado año 2004.

La cita de Lezama Lima que introduce el libro *Cecilia* (“La luz es el primer animal visible de lo invisible”) incluye dos términos nucleares del poemario: “luz” e “invisible”. Los dos tienen connotaciones positivas, como las mantiene el libro visto como totalidad. Y es que es un libro que, en su brevedad, incluye una nueva tonalidad en la obra sombría de Gamoneda, debido a que es un texto de celebración de un tú que responde al nombre de Cecilia, nieta única del autor, capaz de abrir espacios de “luz” en el ánimo más bien abatido que rezumaban los poemarios anteriores del escritor. Y en esa luz está lo “invisible” también, lo que no existe, pero puede existir si la niña lo nombra (“En tus labios se forman palabras desconocidas / y lo invisible gira en torno a ti suavemente”), también lo presentido confuso y hasta el existir imperceptible del yo en la memoria del tú.

El sujeto -lo nombraré como “el poeta”- asiste conmovido al despertar de una vida que puja por ser. Contempla y siente y se conmueve. Contemplar es la palabra, porque desde ese ver encandilado brotan emociones contenidas, cuando no explícitas (“y yo te amo desde lejos”). En ese momento de contemplación, el poeta abandona la lucidez habitual (la que ha habitado en sus palabras) para sumirse en el hecho mismo del existir, en esa “locura” benéfica que el tú (niña, Cecilia) ha aportado y, con ella, la vivencia de nuevas ex-